

por diversión. «Lacha» por pundonor o vergüenza. «Leandra» peseta. «Lila» tonto. «Lío» amante. «Locatis» de poco juicio. «Longui» distraído. «Mandria», apocado. «Manduca» comida. «Mangante» ladrón. «Manús» tonto. «Menda» yo. «Mochales» loco. «Mojicón» golpe en la cara. «Mollera» cabeza. «Morrall» tosco, abrutado. «Naja» marcharse. «Ninchi» muchacho, niño. «Pachorra», flema, indolencia. «Pañosa» capa. «Paripé» palabrería. «Pasta» dinero. «Piri» cocido. «Pringar», estropear, fastidiar. «Rentoy» desplante. «Sablazo» pedir dinero. «Sacudir», pegar. «Socia», mujer, hembra. «Tajada», borrachera. «Tarifar» reñir. «Tollina», paliza. «Trena», cárcel. «Tirria», aversión. «Turca», borrachera, etcétera, pues la relación sería interminable y cualquiera puede cotejarlos en los autores tan conocidos de la literatura madrileña y sobre todo en el estudio de Don Manuel Seco sobre el lenguaje de Arniches.

En Alcázar se decía «lapo» y por corrupción «lepo», por cachete. A mí me los anunciaron muchas veces y me los dieron alguna.

Muchos de estos rasgos se han perdido o tienden a extinguirse poco a poco a favor de la uniformidad, como en la vivienda y en la vestimenta, perdiéndose todo lo típico, pero entre nosotros queda, por fortuna, una personalidad extraordinaria, tan de la entraña alcazareña que aunque contemporánea pudo vivir en cualquier otra época pretérita de nuestro pueblo, por lo que no es un anacronismo reseñarla en estas páginas como uno de los testimonios más contundentes de nuestras características psicológicas: me refiero a Heliodoro Sánchez Cervantes, fraternal amigo desde el truco de nuestros padres.

Todas estas características se acentúan y deforman en él con lo cual no se desvirtúan sino que se hacen más patentes, como pasa siempre con la caricatura y se aprecian mejor.

No habrá que traer a colación el enorme arsenal caricaturesco de nuestros hombres públicos, retratados magistralmente de cuerpo y alma reconocido por ellos; los ojos agudos, la nariz de apagavelas y la cojera de Romanones, los bigotes y lo revolotudo de Castelar, el tupé y la sonrisa sardónica de Sagasta. Y así todos los grandes hombres desaparecidos.

Un caricaturista de aquellos no sabemos la idea que nos daría de Heliodoro pero Pitos nos ha dado una fotografía verdaderamente magistral, donde nuestro amigo está de cuerpo entero. No se puede pedir nada mejor para que quede de este alcazareño el recuerdo que merece. Heliodoro es un retallo del tuétano alcazareño, del mismo corazón, como él decía que debía estar el Banco Español de Crédito, «en la arteria principal de la urbe».

Si uno tuviera un perfil defectuoso sería una ruindad retratarlo de ese perfil y adulación retratarlo de perfil opuesto. Lo honrado es retratarlo de frente, como se quiere que lo vean todos.

Heliodoro, dentro de su aparente rusticidad, es un alma soñadora, propicia a la exaltación sentimental y a la ponderación fantástica. Esa acrobacia verbal, que tiene honda raíz poética, produce tales contrastes entre lo que se quiere decir y el significado de las palabras con que se dice, que surge el efecto cómico y la perplejidad del interlocutor. Al hablar elude los nombres usuales y lo hace para darle relieve a lo que dice, pero casi inconscientemente, por una tendencia ya habitual y un modo de ser que se manifiesta hasta sin querer.

Además del léxico tiene su filosofía y su manera de matar pulgas.